Mil pájaros acuáticos azotan
Con sus alas la espléndida laguna,
Y á la luz apacible de la luna
Nadan tranquilos, ó en el agua flotan.

La triste garza estólida se pára
Junto á la blanca flor de la ninfea,
Y posada en un pié no se menea,
Cual si fuera de mármol de Carrara.

Los soberbios nenúfares ofrecen
Flores de oro y azul, bellas y ricas:
Las espadañas con sus verdes picas
Al fresco viento lánguidas se mecen.

En las selvas, abrigo de las fieras,
Con las lluvias de férvidos estíos,
Se ven crecer los bramadores ríos
Que anegan y fecundan sus riberas.

Undoso corre el bárbaro Mescala,
El selvoso del Norte, el Alvarado,
El soberbio de Lerma tan nombrado,
Que las olas enturbia de Chapala.

Arranca el agua en su veloz corriente
Palmas y sauces, álamos y pinos,
Y envueltos en ruidosos remolinos
Lanza sus troncos en la mar hirviente.

Así la vida pásase, y ligera
En su curso á los hombres arrebata:
Van encantados con la orilla grata
Y entran por fin al mar que los espera.

En las grandes sabánas á millares
Vuelan libres sus bárbaros caballos,
O quietos se apacientan con los tallos
De blandas yerbas, sin temor de azares.

Al oir del salvaje el alarido,
Al retumbar el trueno en los desiertos,
Aquellos brutos ágiles é inciertos
Corren haciendo un espantoso ruido.

Suelta la crin al viento vagaroso
Noble la frente, y levantado el cuello,
Grande su pecho, ardiente su resuello,
Saltan la rambla, el valladar y el foso.

Mas ya escucho bramar tus huracanes
Que cabañas sin cuento echan abajo,
Y que arrancan los árboles de cuajo,
Como si fueran tiernos arrayanes.

Nubes de polvo y de menuda arena
Girando se levantan hasta el cielo,
Y á lo lejos se estiende oscuro velo,
Y el ancho bosque con el viento suena.

Se alzan las olas, y los mares rugen,
Y en las playas se azotan formidables;
Mientras los gruesos y tirantes cables
De los navíos con espanto crugen.

Pero cansada de volar mi mente,
Cedo al peso de tanta maravilla,
Y aquí en el polvo sin vigor se humilla,
Y se anonada de rubor mi frente.

Más fácil fuera de tus bosques grandes
Contar las hojas que arrebata el viento,
Enfrenar de la mar el movimiento,
O levantar la masa de los Andes;

Que pintar tus arroyos y tus flores,
Tus verdes campos y apacibles grutas,
Y tus perfumes y sabrosas frutas,
Y tus aves de espléndidos colores;

Y tus colinas y praderas gratas,
Tus soledades, lagos y bajíos,
Tus grandes montes y soberbios ríos,
Tus abismos é hirvientes cataratas.

Mas ¡ay! que á tal grandeza y tanta gloria
Se mezcla involuntario el desconsuelo
De que nos sobreviva acá en el suelo
Un vil ciprés, indigno de memoria.

Es mi voto postrero, patria mia,
Pedirle al cielo que dichosa seas;
Pedirle al cielo que otra vez te veas
Como en un tiempo cuando Dios queria.

El te devuelva tu riqueza y galas,
Y te enjugue tus lágrimas hermosas,
Y te corone de laurel y rosas,
Y te cubra benigno con sus alas.

Trigo abundoso brote en tus llanuras,
Broten las yerbas en tus verdes prados,
El llano y monte cubran los ganados,
Y al márgen pasten de las aguas puras.

A tu seno retorne la alegría,
Se unan tus hijos con amante lazo,
Suelte las armas tu cansado brazo,
Como en un tiempo cuando Dios queria.

De la prosperidad, en fin, la copa
Benigno el cielo sobre tí derrame,
Mientras el mar enfurecido brame
Entre tus playas y la altiva Europa.

MÉXICO EN 1847

¡Quien me diera las alas de paloma
Para cruzar los montes y los ríos,
Los mares nebulosos y bravíos,
Y llegar hasta el lago de Sodoma!

Quiero sentarme al pié de una coluna
De la famosa y trágica Palmira,
Y allí entre escombros que el viajero admira
Quiero llorar al rayo de la luna.

Quiero pisar las playas del Mar Rojo
Y la arena del bárbaro desierto,
Y andar vagando con destino incierto,
Y allá ocultar mi llanto y mi sonrojo.

Yo ví en las manos de la patria mía
Verdes laureles, palmas triunfadoras,
Y brillante con glorias seductoras
Yo la ví rebosar en alegría.

Yo ví á las grandes é ínclitas naciones
En un tiempo feliz llamarla amiga;
Y ella, depuesta el asta y la loriga,
A la sombra dormir de sus pendones.

Mas la discordia incendia con su tea
Desde el palacio hasta la humilde choza;
Bárbara guerra todo lo destroza,
Todo se abrasa y en contorno humea.

Armados con sacrílegas espadas
Sin piedad se degüellan los hermanos,
Y alzan al cielo pálidas las manos,
Manos en sangre fraternal bañadas.

¿Cuál es el campo que la guerra impía
Una vez y otra vez no ha ensangrentado?
¿Y cuál de las montañas no ha temblado
Al trueno de pesada artillería?

¿Qué ciudades, qué pueblos ó desiertos
No han visto los mas bárbaros estragos?
¿Dónde están los arroyos y los lagos
Que no tiñó la sangre de los muertos?

En medio á tanto mal, el incensario
Llenó de humo los templos ofendidos;
Y cánticos, y lloros, y gemidos
Sonaron en el lúgubre Santuario.

En vano todo: el indignado cielo
A México en su angustia desampara,
Y el terrible Jehová vuelve la cara
A los pueblos sencillos de otro suelo.

En tanto se levanta pavorosa
Allá en el Aquilon negra tormenta,
Y en la abatida México revienta,
Y rayos mil y mil lanza estruendosa.

Yo ví del Norte carros polvorosos
Y ví grandes caballos y cañones,
Y ví los formidables batallones
Tomar trincheras y saltar los fosos.

En las calles de México desiertas
Ví correr los soldados extranjeros,
Vi relumbrar sus fúlgidos aceros,
Y ví las gentes pálidas y yertas.

Y ví tambien verter la sangre roja,
Y oí silbar las balas y granadas,
Y ví temblar las gentes humilladas,
Y ví tambien su llanto y su congoja.

Llorad, hijas de México, dolientes
En las tristes orillas de los ríos,
Y bajo de los árboles sombríos
Al estruendo gemid de los torrentes.

Todo en la vida á llanto nos provoca;
Gemid, pues, en los campos y ciudades,
Cual gime en las profundas soledades
El ave solitaria de la roca.

Quitad del cuello el oro y los diamantes
Y de luto tristísimo vestíos;
¿Por qué ostentar ni galas ni atavíos
En tiempos congojosos y humillantes?

Es hora de llorar, huya la risa
De vuestros labios rojos é inocentes;
Estampad en el polvo vuestras frentes,
En ese polvo que el Normando pisa.

Yo tambien lloraré tantos pesares,
Y al enojado cielo haré plegarias,
En medio de las noches solitarias
En las remotas playas de los mares.

Esas mismas naciones que algun dia
Con rosas coronaron tu cabeza,
Hoy te burlan ¡oh patria! con vileza,
Y todas te escarnecen á porfia.

"¿Cómo es, dicen soberbias, que humillada
Sin trono está la reina de Occidente?
¿Quién la diadema le arrancó á su frente?
¿En dónde está su formidable espada?

"Sus hijos sin pudor y afeminados
Se espantan del cañon al estallido,
Y de las balas al fugaz silbido
Huyen sus capitanes y soldados.

"¿En dónde está su orgullo y su ardimiento?
¿Sus laureles en dónde y sus hazañas?
Son como viles y quebradas cañas
Que abate el soplo de un ligero viento."

Otros burlan tambien nuestros errores,
Abran su historia y cállense sus labios:
No volvamos agravios por agravios:
Que nos dejen llorar nuestros dolores.

Feliz ¡ay! muy feliz el mexicano
Que al golpe de mortífera metralla
Ha espirado en el campo de batalla,
Antes de ver el ceño del tirano.

Mejor me fuera en tierras muy remotas
Vivir entre escorpiones y serpientes,
Que mirar humilladas nuestras frentes
A fuerza de reveses y derrotas.

Mas, pise yo la patagonia playa,
O ya escuche del Niágara el estruendo,
Ya los helados Alpes esté viendo
O contemple el magnífico Himalaya:

Allá en la soledad ¡oh patria mia!
Siempre estarás presente en mi memoria.
¿Cómo olvidar tu congojosa historia?
¿Cómo olvidar tu llanto y agonía?

Antes del sauce nacerá la rosa,
Y crecerán las palmas en los mares,
Que me llegue á olvidar de mis hogares,
Que te pueda olvidar, México hermosa.

¡Roma, patria de Curios y Catones!
Compadezco tu suerte lamentable:
Leyes te dieron con sangriento sable
Del Norte los terribles batallones.

Los viles é insolentes pretorianos
Desgarraron tus leyes con la espada,
La toga veneranda fué pisada
Mil veces por brutales veteranos.

¡Patria infeliz! sin Curios ni Catones,
Ha sido tu destino lamentable:
Leyes te dieron con sangriento sable
Del Norte los terribles batallones.

Tú tambien has sufrido mil tiranos
Que pisaron las leyes y la toga,
Y que apretaron con sangrienta soga
Tu cuello tierno y tus cansadas manos.

Mas baste ya. Quiero alas de paloma
Para cruzar los montes y los ríos,
Los mares nebulosos y bravíos,
Y llegar hasta el lago de Sodoma.

Quiero pisar las playas del Mar Rojo
Y la arena del bárbaro desierto,
Y andar vagando con destino incierto,
Y allá ocultar mi llanto y mi sonrojo.

EL POPOCATEPETL

ODA

Cuando á subir algun mortal se atreve
A la cumbre nevada y solitaria
Del Popocatepetl, el alma apenas
Basta á gozar sublimidad tan vária.
Se huellan faldas plácidas y amenas,
Se entra en sus bosques tristes y sombrosos,
Todos formados de silvestres pinos,
De abetos resinosos y de encinos.
En tan callada soledad los ojos
Ven arboledas y peñascos duros,
Heno blanquizco y ásperos abrojos.
Y óyese en tanto, con terror secreto,
De secas hojas uniforme ruido
Cuando en el suelo tristemente caen,
Y de los troncos áspero crugido.

En los confines de esta inmensa faja
Tan selvosa y magnífica, se mira
Solo la zarza y amarillo musgo,

Y algun pájaro triste, que en la calma
Entona solitario, ó bien suspira,
Lánguido canto que entristece al alma.

¿Cómo bárbaro el pié puede adelante
Atrevido pasar? ¿cómo no tiembla
Al tocar de los hielos solitarios
Las masas eternales de diamante?
Allí en la soledad mas espantosa
Intrépido el viajero se adelanta
Sin hallar en su marcha perezosa
Ni una ave, ni un insecto, ni una planta.
Míranse allí peñascos destrozados
Llenos de ampollas, negros y fundidos,
Y montones de arena y de ceniza.
Embargados en tanto los sentidos
Entre ruinas tan vastas y tremendas,
Se ocupa el alma en pensamientos graves,
Y el pié vacila en pavorosas sendas.
En el desierto horrible de la Arabia
No reina tal silencio, pues que apenas
Lo interrumpen los pasos del viajero
Y algun retumbo que, de cuando en cuando,
Suena á lo lejos, como el Ponto fiero.
Entre pavor y admiracion sublime
Se llega sin saberlo á las orillas
De un abismo espantoso.... él es, el cráter:
Aquí tiemblan las débiles rodillas,
Se erizan los cabellos, y el osado
A su pesar exangüe retrocede,
O en vértigo mortal queda postrado.
Mas ya pasada la impresion primera

Apenas bastan los absortos ojos
A contemplar escena tan grandiosa.
¡Qué abismo tan inmenso! ¡qué espantosa
Profundidad preséntase á la vista!
Leve el humo de azufre se levanta
Del insondable cráter, cuyo seno
Retumba á ratos con el hondo trueno,
Y tiembla la montaña majestosa,
Con árboles y hielos y peñascos.

Si hoy los sentidos de terror se pasman
¿Qué habrá sido en un tiempo, cuando airado
Hirió el Señor al orgulloso monte,
Y en fuego inmenso lo dejó abrasado?
Entonces fué cuando el volcan hirviendo,
Se conmovieron sus eternas basas,
Bramó su seno en formidable estruendo,
Volaron los peñascos por el aire,
Y arenas y betun y azufre y brasas,
Y temblando las costas de ambos mares,
De ambos mares las aguas se agitaron.
Desde la inmensa boca de aquel horno
Se lanzaron hirviendo los torrentes
De lavas derretidas y candentes,
Que todo lo arrasaron en contorno.
En tan tremenda y congojosa noche
Que la ruina del mundo presagiaba,
Temblaron los vasallos y los reyes
Sobre una tierra que tambien temblaba.

Al fin el tiempo y las copiosas lluvias
Casi llegaron á apagar su lumbre,
Y hoy desde su alta y prodigiosa cumbre

Ven los ojos pasmados y perplejos,
Dentro de los lejanos horizontes,
Grandes llanuras, azulados montes,
Lagos, caminos, pueblos á lo lejos.
Detras de los celajes de occidente,
Teñidos de oro y púrpura lumbrosa,
Cual gigante se ve precipitarse
Del sol inmenso el disco reluciente
Mas allá de los cerros, y gloriosa
Levantarse la luna en el oriente.

Salve, inmenso coloso, coronado
De grandes nubes y de enormes hielos:
Por delante de tí ¡cómo han pasado
Siglos y siglos mas, en cuyo polvo
Iban envueltos pueblos y monarcas
Sin poderse parar en su carrera
Un solo instante, alguna vez siquiera!
En tanto, inmóbil en tu enorme basa,
Los dejabas pasar firme y sereno;
Hoy pasamos nosotros, y adelante
Pasarán otros pueblos, que en el seno
Se hundirán del sepulcro devorante,
Y tú te quedarás quieto y seguro
Como ese sol magnífico y brillante.
Si no es que el brazo del Señor tremendo
Lance un cometa aterrador y triste,
Que á tí volando desde el hondo espacio,
Choque en tu masa con horrible estruendo,
Y te arranque de un golpe de tu tierra,
Y te arroje en el mar, donde ignorado,
Quedarás para siempre sepultado.

AL RIO DE COSAMALOAPAN

(Hoy ocupa parte de la poblacion, y casa donde nació el Señor Don Manuel Carpio.)

SONETO

Arrebatado y caudaloso rio
Que riegas de mi pueblo las praderas,
¡Quién pudiera llorar en tus riberas
De la redonda luna al rayo frio!

De noche en mi agitado desvarío
Me parece estar viendo tus palmeras,
Tus naranjos en flor y enredaderas,
Y tus lirios cubiertos de rocío.

¡Quién le diera tan solo una mirada
A la dulce y modesta casa mia,
Donde nací, como ave en la enramada!

Pero tus olas ruedan en el dia
Sobre las ruinas ¡ay! de esa morada,
Donde feliz en mi niñez vivia.

Á LA CATARATA DEL NIÁGARA

SONETO

El ancho río avánzase rugiente
Entre selvas que cubren la llanura;
Vastas regiones llenas de frescura
Va regando su espléndida corriente.

Pero sus grandes aguas de repente
Se precipitan de una inmensa altura,
Y se quebrantan en la roca dura,
Y se transforman en espuma hirviente.

Al estruendoso golpe, espesa nube
Allá se agita en el profundo seno,
Y vagarosa del abismo sube.

Tiembla y retiembla el bárbaro terreno,
Y ante Dios arrodíllase el querube,
Cuando oye cerca el incansable trueno.